



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NUM. 10258

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península. — Un mes, 2 ptas. — Tres meses, 6 id. — Extranjero. — Tres meses, 11 25 id. — La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. — La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN MAYOR 24

LUNES 12 DE ENERO DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Recolección

Presas para vias, moderno sistema. — Bombas Noel y otros sistemas para trasiego. — Azufradores, esatadores y demás enseres necesarios al vinicultor. — Dos granaderas de panizo (6 fanegas por hora). — Embudos automáticos. — Tijeras para vendimiar, poda, etc. — Arados de verdadera. — Espino artificial. — Pales, azadas, legones, todo acero. — Carretillos y Wagonetas.

INSTALACION DE RIEGOS
C. Pérez Lirio. — Plaza de Castellini, 12

Revista científica

INCONVENIENTES DE LA BICICLETA

«Le Temps», de París, publicó hace días un artículo de M. de Wyzéara resumiendo las opiniones de sir Benjamin W. Richardson, notable médico inglés, acerca de los daños que ocasiona en nuestro organismo el uso del velocípedo. Como creemos que estas opiniones pueden ser de interés para nuestros lectores, reproducimos a continuación el artículo de monsieur de Wyzéara.

Es sir Benjamin Ward Richardson, además de uno de los primeros médicos de Inglaterra, ciclista vehementísimo y decano quizás del ciclismo en su patria.

Hace ya mucho tiempo que por primera vez vió en una Exposición de higiene, en Leamington, un aparato de locomoción muy singular, compuesto de tres ruedas, y la curiosidad le indujo a ensayarlo enseguida.

Había ido allí con objeto de presidir un congreso médico, que se verificaba al mismo tiempo que la Exposición, y faltó poco para que bajo su presidencia se transformase la sabia Asamblea en gran record velocipédico.

A partir de ese día, el doctor Richardson figuró entre las eminencias del ciclismo inglés.

Personalmente, por decirlo así, no ha practicado más que el triciclo, y fuerza es ver con qué cariño describe su *Salve*, explicando

sus defectos, pero conservándole un cariño semejante al que tendría un paladín de las Cruzadas a su caballo de batalla.

Es, dice, una máquina un tanto pesada, con ruedas demasiado altas y algunos defectos más, pero siempre me ha servido perfectamente.

Juntos hemos recorrido más de un camino, trepado más de una cuesta y bajado más de una peligrosa pendiente.

Y no es solo el señor Richardson uno de los decanos del ciclismo, sino que ha sido, desde sus comienzos, uno de sus más influyentes apóstoles. El mismo lo declara, sin vanidad alguna: «Nunca ha dejado de gustarme el ciclismo; y como esta es una afición que he tenido muchas ocasiones de patentizarla, quizás haya contribuido a su difusión y popularidad».

Siendo así, no parecerá extraño que un periódico americano se haya dirigido a sir Benjamin para pedirle su parecer, en su docta y doble calidad de higienista y ciclista, acerca de los efectos higiénicos de la velocipedia.

Nadie tenía más autoridad que él para tratar del asunto, siendo de temer únicamente que el apasionamiento personal del sabio triciclista le hiciera cerrar los ojos a los inconvenientes de un *sport* que tanto agrada.

Pero lo sucedido es precisamente lo contrario. Despréndese del artículo del doctor Richardson cierta melancolía, semejante a la de creyentes que han dejado de creer ó de apóstoles cuyos ojos han comprendido la vacuidad de sus doctrinas. El decano del ciclismo inglés aparece desengañado, y al través de las buenas palabras, que aun prodiga a su triciclo, y en general a los velocípedos, deja entrever que, en adelante no se usará de estas máquinas sino obedeciendo a la impulsión recibida, y como un enfermo que continúa to-

mando una medicina después de haberse convencido de sus malos efectos.

El artículo del doctor Richardson no viene a ser otra cosa más que la enumeración de los perjuicios que ocasiona el ciclismo.

Por el sabemos que el uso del velocípedo ha contribuido a curar ciertas enfermedades, tales como la gota, la dispepsia, las varices, la melancolía y muy particularmente la anemia. Diríase, sin embargo, que aun en el caso de estas enfermedades, sir Benjamin no tiene ya un convencimiento tan profundo como antes en la eficacia del remedio; quizás, al fin y al cabo, haya pasado con esta medicina como con otras muchas que han curado durante cierto tiempo; pero que, a la hora menos pensada, dejan de producir saludables efectos. Cuántas no hemos visto aparecer y desaparecer, de algunos años a esta parte, sin ocuparnos de la historia de la medicina, que no es más que la narración de una serie de experimentos!

Pero los inconvenientes del ciclismo son en cambio claros, y al decir del doctor Richardson, tienden a ser mayores en el transcurso del tiempo.

La primera y más grave de ellas consiste en deformar la cintura de los muchachos y en arruinar su salud para el resto de la vida. Cuantos después de los veintinueve años, se dedican al ciclismo, se exponen a toda clase de peligros: como que tienen grandes probabilidades de lesionarse la espina dorsal, que, como es sabido, tarda mucho tiempo en solidificarse, y desviarla de su posición normal. El corazón padece también, porque los movimientos del ciclista lo aceleran y lo cansan. Además, el uso del velocípedo desarrolla en los jóvenes ciertos músculos en detrimento de otros; precisamente los que necesitan menos desarrollo, como son los de las extremida-

des inferiores. Para terminar, diríamos que, respecto de los aficionados, el doctor Richardson los amenaza con insomnios, palpitaciones del corazón y desórdenes nerviosos, que les aconseja moderar lo mas posible la práctica de su *sport*, y concluye advirtiéndoles que no se fíen de los primeros buenos resultados del ciclismo, porque estos, con el tiempo, suelen atenuarse y aun sustituirse por efectos de género muy distinto.

ATILUYE.

VERSOS DE LEOPOLDO CANO

LA VUELTA DE D. SILVESTRE

Haben nuestros lectores que la nueva obra del señor Cano, «Velay», que en Madrid no consiguió los favores del público, y menos aún los de la crítica, obtuvo poco después en Valladolid, cuna del autor, extraordinario éxito.

En los círculos literarios se ha hablado mucho estos días de las composiciones que el Sr. Cano ha escrito con este motivo. Parece que, oportunamente, reproduciendo una de aquellas, acaso la más curiosa, titulase «La vuelta de don Silvestre» fúe leída en el Teatro de Calderón por el actor Sr. Bueno, después de una representación de «Velay», y el público la aplaudió ruidosamente.

Dice así:

«Más que su barrá, molino;
roto el cráneo, que se su escudo,
viene a hacerme un salido
don corriendo por caminos
maltruchos y desahabrados
poco a poco en los locos
apredan a los pocos
que llevan trigo al mercado,
con la intención noble y sana
de revender un centeno
que, por las muestras, ni es bueno,
ni de siembra castellana.
Estimando la emoción
con que, al descerizarme, lloran
los amigos que le adoran
con todo su corazón!
detrás del dulce canto
llego aquí a todo correr,
sin pagar a recoger
los pedazos del botijo;
porque le han roto en la juerga
al saltaco, no el salero,

y aún hay tierra de alfarero

a la orilla del Pisuegra
con que se hará a dos ó tres
que trotan en los proscenios
la escultura de unos genios,
traducidos del francés.

Aquí, y sin perder la calma
pues la costumbre moteja
de rebelde al que se queja
cuando le rompen el alma,
dice, a cierto monaguillo
que le tiró el incensario,
y en el Arte es propietario
por el medio más sencillo:

«¡Pachol! ¿Joa que haciendo el pobo
vendes por trayo lo ajeno?
El trigo no será bueno;
pero, al menos, no lo robo.»

«Si me habías roto el botijo,
no importa, que otros se harán,
Los toros quitas y das...
(como dice Lagartijo).

LEOPOLDO CANO.

TIJERETAZOS

A las Noticias le ha causado gran pena ver publicado simultáneamente en «El Eco» y «El Mediterráneo» el artículo del Sr. Castelar «El periodismo».

«¡Tijeretas habemos!», dice el colega. «X no hay nada...»

Este artículo lo hemos recibido de la Agencia «Las Novedades», con la nota de que aunque su contenido es enviar artículos inéditos nos mandaba también que porque solo en América estaba pu-

Con que ya lo sabe el colega
Abay y mandarlo...

Para pesimista «El Liberal»:

Antes no oí nada de lo que publicaban los periódicos americanos más ó menos filibusteros; pero ahora lo creo todo y lo publico con titulos espantosos.

Ayer, sin ir más lejos, publicó una *Noticia grave*, en la cual figuran un general Wilson, diez y siete americanos, varios rifles y cincuenta mil cartuchos, todo lo cual ha ido a Cuba a protestar de lo que hacen los generalistas y a influir en la revolución.

La noticia procede del periódico más filibustero de los Estados Unidos.



CAPITULO V.

«¡Decía Montaigne, yo también estoy cumpliendo mi destino. Soy miembro de la Cámara de Diputados, y ahora doy una vuelta por la Inglaterra para asuntos comerciales. Hallándome en estas inmediaciones no he podido resistir a la tentación; así pues, estás en el caso de darme hospedaje por algunos días.

—Os felicito con todo mi corazón por vuestros bono,

28 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

que su hermano estaba en Londres; acababa de recibir una carta de Cleveland, escrita en su villa; Ferrers estaba divirtiéndose en Viena.

Que se preciese cuanto se quiera la vida solitaria; después de dos años de retiro y soledad, la perspectiva de una visita es siempre agradable. Se dirigió Ernesto a la casa, y no hizo más que llegar y verse en los brazos de Montaigne.

ERNESTO MALTRAVERS.

25

que necesita de ocasiones frecuentes y continuadas para propagar sus doctrinas políticas ó críticas; pero para un escritor joven, esta media de publicidad si se emplea por largo tiempo, es igualmente dañosa a su celebridad futura y a sus actuales progresos en su arte. Con respecto a la primera el público se familiariza con su estilo (todo autor que muere es leído tiene un estilo suyo), bajo unas formas a que da poca importancia. Por este camino llega un literato a lo que debía ser el resultado de muchas meses, esto es, a cansar a un público demasiado dispuesto por desgracia, a decir: «Siempre tortos y pasteles». Con respecto al estilo y al gusto, las obras periódicas acostumbra al escritor a que aspire a producir efecto, a llegar al ingenio, capricho del momento, a limitar sus esperanzas de duración a los últimos días del mes corriente, a sembrar para recoger al instante, y a cejar a la vista de cualquiera obra cuya formación exija tiempo, y su continuación más tiempo todavía. Cierta clase de destreza brillante, falaz, se toma a muchas veces por una habilidad real, legítima, y el hombre de talento que empieza desde joven a trabajar en este género, y continúa por mucho tiempo haciendo este uso de sus facultades, generalmente tiene algo de informe, de trunco en sus composiciones y en su celebridad. Se convierte en un oráculo de pandilla, y su trabajo